

El miedo del siglo XXI

José Luis Loriente

Estudiante de Filosofía

El miedo del siglo XXI fue la guerra nuclear, por entonces entre las democracias capitalistas de la OTAN y los regímenes comunistas agrupados bajo el Pacto de Varsovia. Hoy, ya en el siglo XXI y tras el macro-ataque de la Torres Gemelas de Nueva York y la guerra de Afganistán, temblamos por la posible guerra entre el occidente neo-imperalista y el oriente islámico. Y más allá de estos miedos se esconde el viejo problema de la paz y su cohorte de doncellas (la justicia, la solidaridad, el perdón, la convivencia...) a las cuales, por desgracia, violentan innumerables pecados (egoísmo, consumismo, odio, intolerancia...). La paz la deseamos, pero ante el miedo de una guerra parece que la dejamos de lado y todos buscamos armarnos y protegernos con la violencia. Desde luego, hay que hacer la guerra contra la guerra pero con las armas de la paz, con esas doncellas de las que hablábamos. Los cristianos diríamos con Pablo de Tarso que hay que combatir con las armas de Cristo. Sí, porque esa paz que tanto anhelamos fue la misma que esperó el profeta Isaías y que anunció Cristo con su testimonio de vida-muerte-resurrección.

La paz y la guerra son problemas humanos manifestados en todas las sociedades y comunidades humanas. No nos engañemos: nunca hubo una Edad de Oro. Los primeros cristianos tuvieron sus conflictos que atentaban no sólo contra la unidad de la comunidad, sino contra la paz de la misma. Por otra parte, parece que no estuvieron muy preocupados por la rectificación de los vicios sociales del imperio de entonces. Puestos sus ojos como estaban en la segunda venida del Señor «la Iglesia estaba centrada en sí misma, en su tarea espiritual, en su

lento y progresivo desligamiento del judaísmo, llevando a cabo una ingente tarea organizativa y doctrinal mediante la cual se modela con una fe y unas expresiones religiosas de fuerte envergadura universal y soteriológica. De ahí que remita al Imperio la paz social, la justicia, la guerra, etc.» Parece, pues, los protocristianos, al menos institucionalmente, no se entrometieron en temas como la paz y la justicia social. ¿Cómo entonces iban a esperar que la ‘política’ *pax romana* del Imperio durara mucho?

Si la guerra es un problema, la paz también lo es. La paz no desciende del cielo para quedarse entre nosotros para siempre. La paz desciende del cielo y hay que aprender a mantenerla. La paz como la fe está viva, es un ser vivo, y si no se alimenta y se cuida se muere. Hay actitudes que abonan la paz y otras que envenenan la convivencia. Claro está que también las hay fatalmente neutras —y son las más—. El individualismo, por ejemplo, ni siquiera envenena la convivencia, porque lo que hace es eliminarla: — «No hay paz en la comunidad, pues que no haya comunidad»—. — «Con estos no se puede vivir, me encerraré en mi torre de marfil»—. (Muerto el perro, muerta la rabia). Si las actitudes belicistas son contradictorias con la paz, la actitud individualista es contraria y opuesta tanto a la paz como a la comunidad porque no trabaja por ninguna de las dos. No solamente se debe no entorpecer el camino de la paz, sino vivir en positivo: favorecer la paz con dichos y hechos. Es una tarea de todos los hombres y los pueblos, en especial de quien tiene como referente ético a un Dios o simplemente a la persona.

Más concretamente: los cristianos, entre cuyas bienaventuranzas figuran la de los pacíficos y la de los que trabajan por la paz, tienen que ser los primeros que pongamos manos a la obra ya. Pero el problema de la paz y

de la guerra se trata, incluso en círculos cristianos, con bastante cinismo e hipocresía. Y esto porque la guerra proviene de la difusión de una mentira totalmente herética y anticristiana pero enraizada en muchos corazones, a saber: que hay gente que son nuestros hermanos y gente que no lo son, que están los míos y, después, los tuyos, los ciudadanos y los extranjeros, los unos y los otros... Más aún, que esos otros son siempre malos, que nos amenazan siempre, que no son personas y que por lo tanto con ellos no se debe respetar el quinto mandamiento. Esta herejía anticristiana reza: «no matarás al hermano, puedes matar al enemigo», y ha sido difundida por grandes teólogos de nuestra Iglesia. Toda esa doctrina de la guerra justa es su exponente. Por supuesto, tampoco podemos ejercer sobre ella un juicio anacrónico, aunque hoy nos parezca rechazable.

Lo cierto es que si sólo soy responsable de la vida del que forma parte de mi comunidad (pueblo, raza, país...) es lícito condenar al hambre a «esos del tercer mundo», o masacrar a los indígenas, o ejecutar a los de otra etnia, o bombardear países del «eje del mal», o poner un coche-bomba a un guardia civil... (la lista es interminable por desgracia), porque ellos nos son hermanos (humanos). Pues todo esto y mucho más es lo que produce la herética moralina de la diferencia —entendida como separación— del mío-tuyo, de la patria, del bando, de los de derechas-los de izquierdas... siendo ésta una larga letanía guerrera para una siniestra danza de la muerte. Estos dualismos son «lógicos» si los enmarcamos en una falta de comunicación y, por lo tanto, en su desconocimiento entre los hombres, por aquello de que no hay amor a lo desconocido. Muchas veces ocurre lo contrario: hay desconocimiento y, entonces, hay odio y miedo (xenofobia).

Frente a nuestro comportamiento y al de nuestros hermanos de todos los tiempos, frente a nuestras dimisiones se yergue inamovible la palabra de Jesús de Nazaret, que es también su vida misma. Jesús ensalzó a las víctimas, quebró con su inocencia la autoridad de los verdugos y perdonó a todos desde el madero de ignominia. Él desmontó toda esa dinámica de la exclusión del enfermo, del niño, de la prostituta... Pero no sólo desde una óptica evangélica toda guerra es injusta, que lo es, sino desde el punto de vista histórico, porque en las intenciones del que incita a una «guerra justa» se han ocultado siempre oscuras razones estratégicas, económicas, etc. A nosotros, desde luego, lo que más nos importa es que entre esas razones no figura el verdadero amor. Más aún, cuando cualquier justificación de la guerra o contrajustificación pragmática o histórica es siempre partidista. Desde el punto de vista del espíritu y de sus valores juzgamos con seguridad y «por la vía rápida» accedemos a aquella intuición moral presente en

todos nuestros corazones: «No matarás».

La función terapéutica de la guerra es esgrimida como razón por muchos. Pero un fin cuyos medios son moralmente deleznablez queda contaminado por su maldad. La impureza de la acción puede ser asumida por nosotros en el error, la confusión, en nuestra cobardía... pero nunca en los intereses ocultos que juegan con la dignidad de las personas. Es cierto que al hijo enfermo se le lleva al médico porque está malo, pero ¿qué clase de médico puede ser la guerra? La guerra sólo sana las cuentas de los señores de guerra.

Cualquier actitud que quede fuera del amor siembra ya guerra. En su primera carta a los corintios Pablo nos dice: «Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, sino tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe» (1Cor 13, 1). Es significativo que el verbo griego ἀλαλάζω (participio ἀλαλάζων, que retiñe) signifique «reteñir» y también «gritar alalá», grito de guerra. Y es que

quien no recoge, desparrama. El no amar es ya estar llamando a la guerra. Volvemos a lo que decíamos al principio: el individualismo y el egoísmo no son soluciones universalizables. Por lo tanto pongámonos a trabajar para que el «miedo del siglo XXI» no se haga «la realidad del siglo XXI». Hay que fomentar la comunicación entre las personas y los pueblos, y, por tanto, la comunión de bienes, es la primera línea de acción. Las tensiones entre personas y colectivos deberían solucionarse con la fórmula magistral de las virtudes que hacen humanidad vividas universalmente entre las personas y colectivos. Las tensiones internacionales se solucionan con fardos de comida, con relaciones económicas justas, con respeto y tolerancia verdaderos, con medicamentos contra el SIDA, con vacunas... Creando lazos de unión entre los hombres y las culturas distanciadas por unas diferencias que no deberían ser obstáculo para una convivencia cosmopolita. En el orden internacional también hay que tender puentes por los que fluya el cariño y, porqué no decirlo, el amor.

Notas

1. Esta reflexión «ilusiva» y «utópica» para muchos que comencé a escribir por la fiesta de Navidad está inspirada fundamentalmente en dos lecturas que últimamente he realizado: *Más allá de la guerra (el sueño de Isaías)* de G. López Laguna y *La paz: actitudes y creencias* de F. Martínez Fresneda.

2. MARTINEZ, F.: *La paz: actitudes y creencias*. Instituto teológico franciscano, Murcia, 2002, págs. 138 y ss. «La Iglesia es diferente del Imperio y no se siente responsable de sus tareas y misiones. El Imperio queda muy lejos y por encima del horizonte al que tiende y desea alcanzar el Cristianismo. (...) Al cristianismo lo que le interesa en este tiempo es la paz interior. (...) Los cristianos dejan en manos del Estado todo lo relativo a la existencia del hombre exterior, y se inhiben de formular cualquier crítica a su gestión social, salvo en el caso de matar» (Ibidem.)

3. En este sentido me parece muy iluminador el testimonio que ha dado el Juan Pablo II, siempre opuesto a cualquier forma de violencia. Pero parece que a la «jerarquía» se le hace caso sólo cuando interesa, es decir, cuando condena en política al comunismo y favorece en filosofía al tomismo. Para lo demás «que no pase el Papa, que no pase».

4. Según parece en algunos catecismos de la época de la guerra de independencia se decía que matar a una francés era menos pecado.

5. Tan devaluada está la palabra amor que a veces da hasta miedo usarla para estos casos. La verdad es que resulta extraño hablar de relaciones internacionales y de amor. Debe entenderse bien mi postura. Soy consciente de lo que quiere decir Mounier cuando escribe: «Basta de retórica. Yo no amo a la humanidad. Yo no trabajo por la humanidad. Yo amo a algunos hombres, y la experiencia de ello es tan generosa que, por esa experiencia, me siento prometido a cada prójimo que pueda atravesarse en mi camino. Es como una esperanza que yo doy al amor, una fe en su superabundancia. Para lo demás yo soy de carne: sólo la presencia física conmueve a la presencia humana, e incluso no siempre vasta. Poca gente siente a la humanidad, y los humanitarios casi siempre mucho menos que otros» (MOUNIER, E: *Obras I: 1931-1939*. Ed. Laia, Barcelona, 1974, pág. 226). En nosotros no cabe una filantropía universal barata y gratuita al uso, sino un amor personal que intentan hacerse con las más personas posibles.